



F1321

43



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORES CONSOCIOS:

Vasto y fecundo tema, el que debo desenvolver en esta solemne sesión destinada á conmemorar la ley de 28 de Abril de 1851, que dió á esta Sociedad la forma definitiva con que ha venido cruzando por más de medio siglo, entre numerosas vicisitudes; y como fecundo y vasto, digno de que en su desenvolvimiento arrebatara vuestra atención la brillante y magnífica palabra de algún sabio que hubiera pasado sus años (muy de otro modo que como yo he pasado los míos) arrastrado afanosamente por el empeño de acumular é interpretar antiguos documentos, engolfado en el estudio de la etnología nacional y absorto en profundas meditaciones sobre el nacimiento, la grandeza y la ruina de los imperios. Un sabio así, que subiese á esta tribuna, cubierto con el polvo de las bibliotecas y con el de las ruinas de los monumentos de extinguidas civilizaciones, sería quien pudiera tratar el tema de "las razas é idiomas primitivos del Estado de Oaxaca y la homogeneidad de las primeras por la enseñanza pública y el espíritu de los gobiernos;" mas yo, que tanto disto de ser sabio, miro esta empresa como superior á mis fuerzas, y no la acometería, si no me obligase



la gratitud á esta ilustre Sociedad de Geografía y Estadística, por su benévolo y honroso acuerdo, y si no me impulsara y alentara el amor al suelo natal; dulce y tierno sentimiento, del que nace, con todas sus grandezas, el patriotismo, como de la humilde semilla el árbol arrogante que yergue su copa sobre los aires.

Bajo la inspiración de ese sentimiento, vuelvo los ojos á antiguos estudios, ha tiempo abandonados; recapacito noticias de antaño acumuladas; recuerdo teorías, años atrás examinadas; me remonto á las edades precolombinas y miro en la imaginación los vastos y solitarios desiertos de este mundo, que en el siglo décimo quinto no fué nuevo para los hombres de los otros continentes, sino porque, oculto á sus ojos por el arco, entonces no medido, de las aguas del mar tenebroso, y eclipsada su noticia, siglos hacía, la obra de Colón tenía que ser y fué una sorpresa sublime.

Mas ¿quiénes fueron los primeros hombres que hollaron con su planta los desiertos de este continente? ¿De dónde venían? ¿En qué época los vió el sol abrigarse por primera vez en la gruta de la montaña y luego levantar la pajiza choza en la hondonada ó en la loma?

Misterios son éstos que la antorcha de la historia todavía no puede alumbrar; y aunque patentes las semejanzas más ó menos numerosas entre las costumbres, teogonías y conocimientos científicos de los medos, los hebreos, los egipcios y otras razas muy de antiguo asentadas en el viejo mundo, con los conocimientos, teogonías y costumbres de muchas de las razas del nuevo, no pueden elevarse todavía á la altura de tesis demostradas, las afirmaciones de muchos sabios á este respecto: los datos que poseemos, relativos á la venida de los hombres á las regiones americanas, no son todavía bastante sólidos para poder levantar sobre ellos una doctrina científica.

Y lo que digo del continente tengo que decirlo también del extenso y rico territorio que forma el Estado de Oaxaca y fué en los tiempos antiguos asiento de la nación mazateca ó huatinicamame, de la chuchona, de los varios señoríos mixtecas y del vasto imperio zapoteca;—que ofreció en las montañas del Noreste ancho campo á la tribu mixe y en la costa del Sudeste, bañada por las Lagunas Superior é Inferior, seguro abrigo á los fugitivos huaves, empujados por la acción invasora de otras tribus de la América Central á las costas meridionales de Oaxaca, como en esas mismas costas, más hacia el Poniente, dió paso, para asilar en sus montañas, á los chatinos, entre zapotecas y mixtecas, y finalmente, prestó asiento en una parte de sus montañas septentrionales, á los salvajes chinantecas; en la cordillera oriental, á los chontales, y en las últimas llanuras del Istmo y primeras ondulaciones de sus montañas, á los zoques.

Mas ¿cuándo y de dónde llegaron esas razas á Oaxaca? ¿Cuál de ellas precedió á las demás?

Señores: del territorio de Oaxaca, como de otros muchos lugares del Anáhuac, cuéntase fué habitado por gigantes, en remotísimos tiempos. Extinguida esa raza, no os hablaría de ella, si la anatomía comparada, que tiene que venir en auxilio de la historia, no debiera tomar en cuenta algunos especiales datos que la historia de Oaxaca ministra.

Bien sé que la doctrina que afirma la existencia de los gigantes en los tiempos antiguos no se tiene hoy como demostrada en rigor científico; pero es un deber del que ama la verdad consignar lo que encuentre aun acerca de puntos que, como ése, no suelen ser discutidos sino con la sonrisa en los labios. Limítome, por tanto, á presentaros los datos que en esa materia, por lo que toca á Oaxaca, allegó un sabio historiador, sin tomar en manera alguna sobre mí la responsabili-



dad de sus afirmaciones. «A 7 leguas de la ciudad, dice, en la hacienda de San Antonio Teitipac, hace algunos años, un río cercano, en sus avenidas, descubrió unos sepulcros, arreglados los unos al lado de los otros, puestos en forma de ataúd, con piedras planas y cubiertos con piedras igualmente planas, que descansaban por sus extremos las unas en las otras, como suele verse en las cuevas del Monte Albán. Se conservaban allí enteros los esqueletos, que por su forma no podía dudarse haber sido de hombres, pero cuyo tamaño era mucho mayor que el ordinario. Los esqueletos se ajustaban bien á los sepulcros que parecían formados á propósito y no dejaban duda de que aquel lugar había sido el panteón de un pueblo de gigantes. Semejante á éste, existe otro panteón dispuesto en semicírculo ó en forma de herradura, cerca de Chilchotla, en la parroquia de Huautla, distrito de Teotitlán del Camino.» El P. Gay, que es el historiador á quien me refiero, no recogió, como veis, tradiciones legendarias, sino datos concretos que se pueden rectificar; y en vista de ellos, hace la observación de que no podría sostenerse la existencia de gigantes en México y Oaxaca, «si para ello no hubiese más fundamento que el hallazgo de huesos grandes, pero aislados, sin trabazón alguna, ni otras señales que demostrasen haber pertenecido á seres racionales.» «Mas no es así, agrega. ¿Cómo puede explicarse que los elefantes hayan recibido sepultura semejante en todo á la de los hombres, quedando sus esqueletos depositados en sepulcros simétricamente arreglados, con aquel artificio que los indios acostumbran en los suyos? Esto es, sin embargo, lo que se ve en Oaxaca.» Gay. Historia de Oaxaca, tomo I, págs. 14 y 15.

Mas dejemos á un lado esta cuestión sin interés, á no ser muy secundario, bajo el aspecto etnográfico; y fijémonos en las razas existentes todavía en aquel

Estado y cuya historia se enlaza más ó menos con la general de México.

Parece que, con ser los mixtecas y los zapotecas de muy remota antigüedad en Oaxaca, aún hubo otras tribus que les precedieron allí.

En efecto: hay en el Distrito de Teotitlán del Camino, entre las cuarenta y nueve poblaciones que le forman, diez y siete pueblos, sin contar haciendas ni ranchos, cuyos habitantes hablan el mazateco. (1)

La nación de que descienden extendíase en tiempos anteriores á la inmigración mixteco-zapoteca, por las sierras de Huehuetlán y Huautla; y si hemos de dar crédito al relato de Torquemada, (2) procedía de los Teochichimecas, mal llamados así, en concepto de Don José Fernando Ramírez, que opinaba debía llamárselos *Techichimecas*, porque «tenían todo de broncos y de rudos y nada de divinos.» (3) Esta antiquísima tribu, procedente de regiones que forman hoy parte del Estado de Puebla, invadió la sierra de Huehuetlán, ocupada á la sazón por olmecas y zacatecas. Fundidas las razas, formaron la nación huatinicameame, cuya capital fué Mazatlán, que se interpreta

(1) *División territorial del Estado libre y Soberano de Oaxaca mandada publicar por disposición superior.—Oaxaca.—Imprenta del Estado.—1901.*—Esta es una colección de cuadros estadísticos relativos á todos y cada uno de los distritos en que el Estado se divide. El dato acerca de los pueblos que hablan el mazateco está tomado del cuadro correspondiente al Distrito de Teotitlán.

(2) Torquemada, libro 3.º cap. 11.

(3) Geografía de las lenguas y Carta Etnográfica de México, precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus por el Lic. Manuel Orozco y Berra. México. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. Calle de Tiburcio, núm. 19.—1864.—Segunda parte, II, pág. 92.



*lugar de los venados*, (4) situada en una de las laderas del ramal de la sierra de Huehuetlán, cuyas últimas colinas acaricia con sus ondas transparentes el poético Quiotepec. Aquella nación sufrió las invasiones de los mixtecos que en ella inerustaron el pueblo de Coatzópam, y dejaron en Huautla un grupo de los suyos que formaban el *barrio mixteco*; testimonios que duran todavía de las victorias de los mixtecos. Hablaban los huatinicamames un idioma no clasificado todavía; que el Sr. Orozco y Berra dejó sin clasificar, (5) y el Sr. Pimentel colocó entre los afines del mixteco-zapoteco, pero que, en mi sentir, aún no puede tenerse como tal, pues la razón alegada por el señor Pimentel, (6) de que se encuentran en mazateco voces análogas á muchas de los idiomas mixteco-zapotecas, no es concluyente en manera alguna; y por otra parte, el mazateco es mucho más pobre y menos culto que aquellos. Probablemente, es algún antiguo idioma, imperfecto y defectuoso que, por una ley de las lenguas, fué enriquecido por el mixteco y el zapoteco, hablados en vecinas regiones, con elementos que, aunque desfigurados, subsisten todavía

No lejos del asiento de esta nación, cuya historia se ha perdido, acaso para siempre, hay otra que se encuentra en circunstancias análogas: la de los cuicatecas, que se extendía desde Atatlauca, por todo el

(4) *Mazatl* significa venado, y *tlán* lugar.

(5) Orozco y Berra. Ob. cit., primera parte, XI, pág. 46.

(6) Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, cap. 36, núm. 3. Véanse las «Obras completas de Don Francisco Pimentel—miembro que fué de varias sociedades científicas y literarias de México, Europa y Estados Unidos de N. América.—Publicanlas para honrar la memoria del autor sus hijos Jacinto y Fernando.—Tomo II.—México.—Tipografía Económica. Avenida Oriente A. 2, número 324, antes Cazuela, 1. 1903.»

valle á que dió nombre su capital Cuicatlán. En su desenvolvimiento, ascendió, por un lado, á las sierras de Teutila y de Pápalo, y por el otro, á las montañas mixtecas. Su idioma, que también tomó su nombre del de la capital, es el *Cuicateco* y pertenece al grupo mixteco-zapoteca.

Lejos de estas dos naciones, de que podemos afirmar, más que por otra razón, por la que se funda en su posición geográfica, que procedieron del Norte, extendíase otra en las regiones del Sur: la de los chochos ó chuchones. La principal comarca que habitaban, y forma hoy parte del Estado de Guerrero, era la de Yopitzinco, de donde fueron llamados *yopes* ó *yopis*, nombre que, como los de *tenimes*, *pinome*, *chinquime chochontli*, con que también se los designaba, significa gente bárbara por antonomasia. Llamábase también á cada individuo de esa tribu *pinotl-chochón*, vocablo compuesto que, según el Sr. Orozco y Berra, es reduplicativo de la calificación de rudo. (7) Esa raza, en sus expansiones, se dilató por el Sudoeste del Estado de Oaxaca y también por otras lejanas tierras. Ignoro qué tradiciones acerca de su origen hayan podido conservarse en el Estado de Guerrero; pero bien sabido es, por lo que toca al de Jalisco, que una antigua tradición recogida por Antonio de Leyva, cuenta que Jojough Quitecuani «vino de hacia el mar con cantidad de gente, conquistó algunos pueblos y se fijó en Ameca,» cuyo primer señor fué. Constituyó allí un señorío independiente, que no pudieron abatir los golpes del poderío michoacano. Ocuparon también los *yopis*, bajo el nombre de tecoxines ó tecos, una parte de lo que forma hoy el Territorio de Tepic; y finalmente, se los encuentra, según

(7) Digno es de notarse que en Oaxaca la palabra *yope* se emplea para designar despreciativamente á cualquier indígena.



el testimonio de Juarros, en Yayentique y Conguaco, en la República de Guatemala; (8) pero en ninguna parte se extendieron tanto como en la región occidental de Oaxaca. Bajo distintos nombres «encontramos, dice el Sr. Orozco y Berra, como despedazada en un espacio inmenso á esta pobre tribu, como si las diversas irrupciones de los pueblos que del norte vinieron después de ella la hubieran desgarrado para dejar esparcidos sus fragmentos.» Esta tribu hablaba la lengua popoloca, teca ó chuchona, que con todos estos nombres es conocida y, como lo indica el que llevaba la tribu, es una lengua bárbara, pobre, de difícil estructura; pero que, con ser así, no dejó de dar á la penetrante inteligencia, á la paciente laboriosidad y al apostólico celo de los misioneros un instrumento para la conversión y la enseñanza de los chuchones. Así el célebre P. Fr. Benito Hernández escribió una *Doctrina Cristiana* en lengua chuchona, de cuya existencia nos da testimonio el Sr. Pimentel (9) y el ilustre P. Fr. Bartolomé Roldán una «*Cartilla y Doctrina Cristiana en la lengua chuchona del pueblo de Tepexi de la Seda*» impresa en México en 1580.

Ocupando ya los mazatecas la sierra de Huehuetlán, los cuicatecas el valle de Atatlauca y las escabrosas serranías de Pápalo y Teutila, y los yopis ó chochos las regiones del Sudoeste, llegaron los zapotecas por el mismo rumbo por donde habían llegado las dos primeras de esas tribus; pero no sabemos cuál fué su ruta, cuáles las vicisitudes por que pasaron, cuáles las tierras de su descanso en aquella peregrinación: el sabio Burgoa se lamenta de la inutilidad de

(8) Véase á Orozco y Berra, Ob. cit., I parte V, págs. 26 á 28.

(9) Pimentel. Ob. cit. cap. 37, número I, ó sea, Obras Completas, tomo II, pág. 96.

sus pesquisas para averiguar el origen de los zapotecas, porque las pinturas antiguas, que habrían podido revelarle, fueron destruídas por los frailes en su celo, acaso poco discreto en ese punto, por extinguir la idolatría; y aunque afirma el mismo escritor que las noticias en aquellas pinturas contenidas eran absurdas, como quiera que daban por origen á los zapotecas, unas, corpulentos árboles; otras, grandes y duros peñascos; otras, terribles y poderosas fieras, en todo lo que no parece hayan tenido sino símbolos y figuras, no puede negarse de un modo absoluto que algún criterio histórico ó alguna clave jeroglífica, alcanzados en el estudio de aquellas y otras antigüedades, hubieran podido arrojar luz sobre tan intrincada materia; acerca de la cual hoy estamos en tanta mayor obscuridad, cuanto que la «Historia de Oaxaca» de Fray Leonardo Levanto, que se conservaba manuscrita en la biblioteca del convento de Santo Domingo de la capital de aquel Estado, se perdió, como otros muchos manuscritos, en el gran naufragio de la Reforma; y así, en este punto, mientras no se encuentran datos seguros, tal vez ocultos y olvidados, ora en públicos archivos, ora en manos de particulares y aun quizá en el extranjero, donde han sido vendidos muchos de nuestros tesoros, tendremos que conformarnos con datos incompletos y dudosos y que entretener nuestra ignorancia con hipótesis.

Pero si el origen de los zapotecas y el itinerario que siguieron para llegar á Oaxaca permanecen envueltos en la obscuridad, su imperio y la extensión de su poderío entran plenamente en la historia (10).

(10) A fin de no multiplicar citas, declaro una vez por todas que los datos principales acerca de las razas á que me refero en este discurso, se encuentran en las obras de Burgoa y Gay.



El primer lugar de su asiento fué Teotitlán del Valle al pie de la sierra y á orillas del gran lago que formaban en el valle de Tlacolula y en parte del de Oaxaca las vertientes de las cordilleras y el poético Atoyac, que baja de las montañas de Huitzo: una isla, cerca de la orilla meridional del lago, los invitaba, verde y risueña, á hacer en ella manida; y muchos la hicieron, en efecto, formando allí una población, de la cual os hablaré después. Andando el tiempo, aquellas aguas, contenidas en la parte más baja del valle, tuvieron al fin una salida por el Sur, abierta entre los cerros por los indios, alta muestra de su inteligencia y laboriosidad. La corriente que así se forma y se desliza por entre cañadas y pequeñas llanuras, llega á formar, aumentada con muchos afluentes, el majestuoso Río Verde, que va á depositar sus aguas en el inmenso seno del Océano.

De Teotitlán del Valle, la corte zapoteca se trasladó á Mitla, donde los soberanos residieron durante un largo período, supuesto que el código Chimalpopoca nos revela que reinaba allí Ozomatli hacia la mitad del siglo XIV. ¿Cuánto tiempo permaneció en Mitla la corte de la nación zapoteca? Imposible fijarlo: no tenemos siquiera la lista completa de sus reyes; ignoramos las varias épocas en que fué extendiéndose al Norte hasta la Villa Alta, y por el mismo rumbo ensanchándose en dirección al Oriente hasta las tierras habitadas por los chontales; y luego por el Sur hasta Miahuatlán, para extenderse después en los días que siguieron al cacicazgo de Pichina Vedella, sobre Ozolotepec y toda su región, conquistada con el más fiero de los arrojos á los chontales, que de 70,000 que eran y disputaron sus posesiones palmo á palmo á los invasores zapotecas, sucumbieron 60,000. En los tiempos subsiguientes, el hazañoso monarca Zaachila I, sea porque haya querido colocar su corte en región más

segura que, lejos de las montañas, tuviese delante extensas llanuras en que poder despedazar á sus enemigos, sea porque haya querido más bien separar de la mansión del poder religioso el asiento del poder civil, trasladó su corte á la isla que se levantaba cerca de las orillas meridionales del lago. Entonces fué dado á ese lugar el nombre de Teozapotlán que se interpreta lugar del señor zapoteca, de TEUTL—señor—ZAPOTECATL,—zapoteca, y TLAN—lugar. En su nueva corte levantó Zaachilla, sobre una roca, que todavía señala la tradición, una fortaleza de siete cuerpos, símbolo del zapoteca poderío, y que fué llamada—ZAACHILLA-YOO, esto es, fortaleza de Zaachilla; frase que, andando el tiempo quedó, reducida á la sola palabra Zaachilla, con que desde los días de la dominación española fué designada, no ya la fortaleza, sino la capital misma del vasto imperio zapoteca.

Muy largo y, por otra parte, fuera de mi propósito sería referiros lo que se sabe de la historia de aquel Imperio, y que es muy poco en relación con su dilatada existencia, pues habiendo comenzado cuando menos cien años antes de la era cristiana, había pasado por diez y siete siglos al verificarse la conquista española. De tan largo período, nos quedan apenas los nombres de unos cuantos caciques y cuatro ó cinco reyes, el recuerdo de las conquistas de aquel pueblo, algunos datos sobre los dos últimos siglos de su monarquía y nada más.

Felizmente, para la memoria de aquella raza y de aquel imperio, están allá, á unas cuantas leguas de la ciudad de Oaxaca, en los últimos términos del valle hacia el Noreste, las ruinas majestuosas y gigantescas del palacio en que desplegó su pompa y ostentó su brillo en días de esplendor la corte de los reyes zapotecas: las famosas ruinas de Mitla.

Y ¿qué os diré yo de ese palacio de los vivos y de



los muertos, como le llamaban los indios; de aquel centro del descanso, cuyo verdadero nombre en el zapoteco idioma es *Liovaana*, que el nombre de Mitla (Infierno) mexicano es y se le dieron los aztecas?

Según refiere Burgoa, antes de la edificación de esos palacios había allí una profunda gruta. Hicieron los zapotecas el magnífico edificio, poniéndole altos y bajos: «éstos, dice Burgoa, en aquel hueco ó concavidad que hallaron pebajo de la tierra, igualando con maña las cuadras en proporción, que cerraban, dejando un capacísimo patio; y para asegurar las cuatro salas iguales obraron lo que sólo con las fuerzas é industria del artífice pudieran obrar unos bárbaros gentiles. No se sabe de qué cantera cortaron unos pilares tan gruesos de piedra, que apenas pueden dos hombres abarcarlos con los brazos: éstos, aunque sin descuello ni pedestales las cañas, tan parejos y lisos que admira, son de más de cinco varas de una pieza; éstos servían de sustentar el techo, que unos á otros en lugar de tabla son de losas de más de dos varas de largo, una de ancho y media de grueso, siguiéndose los pilares unos á otros para sustentar este peso. Las losas son parejas y ajustadas, que sin mezcla ni vetumén alguno parecen las juntas de tablas traspaladas: y todas las cuatro salas, siendo muy espaciosas, están en un mismo orden cubiertas, con esta forma de bovedaje.

En las paredes fué donde excedieron á los mayores artífices del orbe, que de griegos ni de egipcios he hallado escrito este modo de arquitectura; porque empiezan por los cimientos más ceñidos y prosiguen en alto, dilatándose en forma de corona con que excede el techo en latitud al cimiento, que parece estar á riesgo de caerse. El centro de las paredes es de una argamasa tan fuerte, que no se sabe de qué licor la amasaron. La superficie es de tan

singular fábrica, que dejando como una vara de piedras losas labradas, tienen bordo para sustentar abajo la inmensidad de piedras blancas que empiezan del tamaño de una sesma, de la mitad el ancho, y la cuarta parte del grueso, tan alijadas y parejas como si salieran de un molde todas. De éstas era tanta multitud, que con ellas, encajadas unas con otras fueron labrando varios vistosos romanos de una vara de ancho cada uno y de largo toda la cuadra, con diversidad de labores cada uno hasta la coronación, que en lo aseado excedía todo. Y lo que ha causado asombro á muchos arquitectos es el ajuste de estas piedrecillas, que fuese sin tener un puño de mezcla, y que sin tener herramienta, consiguiesen con pedernales duros y arena, obrar esto con tanta fortaleza, que siendo antiquísima esta obra sin memoria de los que la hicieron, durase hasta nuestros tiempos. . . .»

«Los altos eran del mismo arte y tamaño que los bajos. Las portadas eran muy capaces de una sola piedra cada lado del grueso de la pared, y el dintel ó umbral de arriba otras que abrasaban las dos de abajo. Las cuadras estaban repartidas una enfrente de la otra.»

Tal es la descripción que nos ha dejado Burgoa, y en la que muy poco habría que rectificar.

Después de que Zaachilla I trasladó á TEOZAPOTLÁN el centro de la monarquía, Mitla quedó convertido en un edificio religioso, ó mejor dicho, en una mansión sacerdotal: residía allí el sumo sacerdote del imperio, á quien veía la nación como el vicario de la divinidad: por su medio, el dios de los zapotecas se comunicaba con sus adoradores. Llamaban al sumo sacerdote HUIJATOO, que se interpreta el *atalaya que todo lo ve*; y es un hecho digno de notarse que, cuando los misioneros explicaron á los indios que tiene el catolicismo un Pontífice, representante de Dios sobre



la tierra, aquellos indígenas, encontrando semejanza entre el Jefe la Iglesia Católica y el sumo sacerdote zapoteca, designaban al Papa con el nombre de HUIJATOO. Ni es menos digno de atención que, como es de verse en algunos historiadores, los zapotecas decían que el padre de Zaachilla I era HUIJATOO; lo cual parece revelar que, como los emperadores aztecas, como los antiguos emperadores romanos, y en fin, como los jefes de todos los pueblos que no conocieron la distinción del poder religioso y del poder civil, y confundieron la esfera de la moral con la esfera del derecho, é hicieron de sus dominadores dioses ó ministros de sus dioses, los monarcas zapotecas reunieron en sí el poder temporal y el poder espiritual, hasta el tiempo en que su corte fué trasladada á Teozapotlán.

Las ruinas de Mitla, admiración por su magnificencia del sabio y del viajero, y algunas otras como las de Monte Albán y de Guiengola, de que no puedo detenerme á hablaros, son lo único que hoy queda del zapoteca poderío.

Pero si es muy poco lo que nos resta de la historia de aquel pueblo, la raza que le formó todavía se extiende, y muy numerosa, por valles y montañas, no con el vigor y la fuerza que tuvo en otros tiempos, pero sí bastante robusta aún y orientándose hácia la civilización, como en espera de más grandes y más fecundos destinos. Conserva todavía su idioma, que con el mixteco, forma la familia que nuestros lingüistas han clasificado con el nombre de *mixteco-zapoteca*.

El zapoteco es uno de los idiomas más cultos entre los de las razas aborígenes; lengua perfecta casi, hasta el punto de que ha podido sufrir que se la ponga, como la han puesto los que de ella han escrito gramáticas, sobre la pauta de las dos grandes lenguas

clásicas: el griego y el latín. Provista de las variadas clases de palabras que los gramáticos llaman partes de la oración, posee todos los elementos necesarios para la expresión de las ideas y de sus relaciones; y si carece de algunos de los accidentes gramaticales que tienen las palabras en las lenguas románicas, presenta en cambio el modo de suplir la expresión, ya por circunloquios, ya por construcciones peculiares, que si algunas veces hacen larga la frase y pesada la elocución, otras, por el contrario, hacen aquella más concisa y más enérgica. Tenían, según nos enseñan los que de su gramática han escrito, nombre sustantivo; adjetivo con sus tres grados de comparación, formados el segundo (el comparativo) por la partícula HUA y el tercero (el superlativo) por las partículas TETE ó TAO ó KOTUBI, equivalentes al castellano *muy*, y en fin, por un medio, también muy semejante al que empleamos en el castellano familiar y que consiste en la duplicación de la palabra significativa de la cualidad que se quiere expresar en grado superlativo. Tenían también pronombres personales, y muy de atenderse es que, para hablar de los superiores ó con ellos, se usaba un pronombre especial que no tienen las lenguas romances y que equivale á un tratamiento. Ese pronombre era YOBINA, cuando se hablaba con los superiores; y el mismo y también YOBINI, cuando se hablaba de ellos, en su ausencia. Tenían igualmente posesivos, demostrativos y relativos; todos sujetos á reglas fijas que, si no estaban escritas en libros, porque no los tenían, eran, sin embargo, tan fielmente observadas que pudieron formularlas los gramáticos. El verbo en zapoteca tenía modos, tiempos y personas: aquellos se expresaban por medio de partículas, las personas por medio de afijos. Carecían del infinitivo, pero lo expresaban con la fórmula del futuro, y lo mismo hacían con algunos ge-